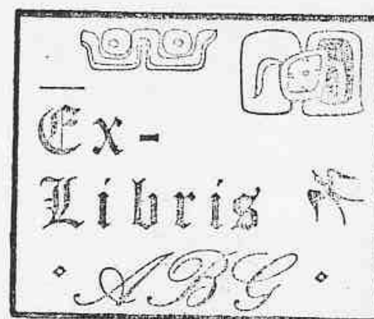
Ana Clara Guerrero

Viajeros británicos en la España del siglo XVIII





AGUILAR

En 1766, Voltaire comentaba al viajero inglés Sherlock con referencia a España: «Es un país del que sabemos tan poco como de las regiones más salvajes de África, pero no vale la pena conocerlo.» Esta actitud, común entre los hombres del siglo XVIII, mantuvo a la mayoría de los grandes «turistas» ilustrados alejados de los caminos españoles, al quedar la península fuera de las trilladas rutas del Grand Tour. Sin embargo, otro francés de la época, admirador de los británicos y autor de unas Cartas sobre las islas, el abate Le Blanc, se hacía eco de otra circunstancia igualmente evidente para cualquier europeo de la época: «nadie viaja tanto como los ingleses». Esta afición viajera, a la que se unía la preocupación por difundir los conocimientos adquiridos en ese tránsito por las rutas más insospechadas y la afición de editores y lectores por el género de viajes, ha motivado que, pese al carácter marginal de la Península en el Grand Tour, podamos disponer de un buen número de relatos británicos sobre la España del siglo XVIII.

Es cierto que con la excepción del corto «paseo» de Arthur Young por Cataluña, estos visitantes fueron en su mayoría personajes de segunda fila, poco conocidos en su país de origen. No encontramos entre ellos autores o pensadores famosos como Joseph Addison, Daniel Defoe, Samuel Johnson, Adam Smith, Robert Wood o Edward Gibbon, que cruzaron el canal para dirigirse a diversos países europeos, siguiendo la tradición del Grand Tour. Nuestros

visitantes fueron diplomáticos, militares de graduación diversa y comerciantes en su mayoría, «turistas» profesionales los menos, pero no por ello dejan sus relatos de revestir interés, constituyendo una fuente importante para conocer cómo se juzgaba desde el exterior la España del siglo XVIII y ese movimiento de reforma, sujeto a múltiples interpretaciones, en ocasiones contradictorias, que conocemos como Ilustración. Aunque alejados de las rutas habituales, al norte de los Pirineos, los viajeros por la Península comparten, en su mayoría, las particularidades del viajero ilustrado, cuya formación, objetivos y métodos de observación hacen de él, pese a limitaciones, como por ejemplo las lingüísticas, un informante especialmente cualificado. Sus escritos, criticados, poco utilizados y, en ese caso, como contrapunto exótico, merecen atención, aunque sin olvidar la prudencia que debe acompañar la utilización de cualquier fuente historiográfica. Los viajes rápidos y el escaso contacto con los naturales dificultaban un conocimiento profundo del país visitado, motivando que en algunas de estas obras existan los tópicos y los lugares comunes. No hay duda de que ciertos libros de viajes fueron una vía para la propagación de imágenes nacionales estereotipadas —a veces más difundidas y mejor aceptadas en los países caricaturizados que en el exterior—. Sin embargo, y aun debiendo tener en cuenta estas limitaciones no es razonable descalificar totalmente estos relatos. El viajero ilustrado proporciona una gran cantidad de información sobre temas muy variados, coincidiendo en ocasiones sus juicios y comentarios con los de los propios ilustrados españoles. Su visión de la España del XVIII, en la que sin duda influye la realidad imperante en su lugar de origen, contribuye a un mejor conocimiento de la Ilustración, sus logros y limitaciones.

El juicio global *que de la España borbónica se trasluce en las páginas de los viajeros británicos es el de un país en el que la* decadencia, *iniciada como consecuencia de la po-*

lítica de los primeros Austrias y que llegó a su culminación en el siglo XVII, es aun una realidad. La monarquía hispana no ha conseguido recuperar el papel de primera potencia de que disfrutara durante largos años, siendo la corona británica una de las principales beneficiarias de esta pérdida de poder. A pesar de la constatación por parte de los sectores dirigentes españoles de la existencia de múltiples problemas y aunque fueron muchos los proyectos de reforma diseñados para intentar aportar soluciones que permitiesen una recuperación, los viajeros expresan sus dudas sobre su viabilidad. Escepticismo, unido en ocasiones a un cierto sentido de superioridad, se reflejan en las páginas de estos súbditos de un país en vanguardia en tantos campos, sabedores de que eran admirados y citados como ejemplo por muchos de los principales pensadores europeos.

Pero esta visión general de decadencia queda matizada y enriquecida si se hace un análisis pormenorizado de algunos de los principales temas tratados por los viajeros en sus obras. El tipo de gobierno *de que disfrutaban los españoles, calificado de «erróneo», «despótico», incluso «absoluto», es uno de los aspectos que más contribuyen a la evaluación negativa que de la realidad peninsular realizan los británicos. Las evidentes diferencias existentes con «la monarquía mixta» establecida en su país de procedencia, cuyas excelencias tantos cantaban, les faculta para lamentar y criticar las limitaciones del sistema español, o quizá sería mejor decir continental. Es este uno de los aspectos en que la distancia existente entre los hombres de la Gran Bretaña del siglo XVIII y los ilustrados españoles queda más de manifiesto. Ante el asombro de los viajeros, los ilustrados españoles, con los que en tantas ocasiones están de acuerdo, parecen en su mayoría no sentirse incómodos por la falta de libertades. La actitud posibilista de los reformistas súbditos de un monarca como Carlos III no fue comprendida por estos visitantes que exigían demasiado de un país que*

no había tenido entre sus pensadores un Locke, ni había asistido a las dos revoluciones que, acaecidas en la centuria anterior, habían dejado profunda huella en el comportamiento político británico. Esta divergencia, unida a la elevada opinión que tenía de su propio sistema, motiva esa superioridad que se trasluce en algunas de sus páginas y que tanto molestó a ciertos españoles de la época. Pero en ningún caso descalifica los juicios de los viajeros, que en unos pocos años serán compartidos por más de uno de los futuros prohombres de Cádiz.

En el terreno económico, si bien el balance final, fruto de la observación de los viajeros británicos, resulta ser también negativo, existen numerosos campos y aspectos parciales en los que la evaluación de la mala situación reinante, el análisis de las posibilidades en caso de reformas y las sugerencias de vías de solución que realizan los viajeros muestran un sorprendente paralelismo con el que estaban formulando en las mismas fechas los ilustrados españoles. El principal punto de discrepancia a la hora de enjuiciar ciertas características de la economía española radica en las divergencias existentes en ciertos planteamientos de tipo general. Un importante sector de la opinión pública británica había hecho suyo un nuevo pensamiento económico, fruto de la divulgación de las ideas de Adam Smith, y aunque sin duda se intentaba que la aplicación de estas ideas fuese siempre favorable para la Gran Bretaña, hasta el punto de que en ocasiones se tergiversaba el espíritu último de los escritos de Smith, no por ello dejaban los británicos de presentarse como los adalides de la «libertad», sobre todo en el campo comercial. Para estos viajeros, imbuidos del «liberalismo» imperante en su país de origen, y en muchos casos sin una formación económica o experiencia comercial, la vigencia de algunos postulados mercantilistas en la Península y su plasmación en ciertas actitudes de los gobiernos ilustrados eran sencillamente anticuadas e impedirían al país salir de la decadencia económica en que estaba sumido. Los nuevos planteamientos tardarían algún tiempo en difundirse entre los ilustrados españoles.

El comentario sobre aspectos sociales y costumbristas —el que más páginas ha ocupado en los libros sobre viajeros— es aquel en que con más facilidad puede aparecer el «tópico», inevitable cuando se intenta defender la existencia de un carácter nacional como hacían algunos de nuestros viajeros. Sin embargo, sus apreciaciones sobre las diferencias regionales les distinguen, una vez más, de visitantes de otros periodos, incluso recientes, que tienden a reducir cualquier elemento peninsular a «lo andaluz». En este ámbito de las imágenes nacionales, numerosos elementos de lo que se ha dado en denominar «imagen romántica» de España, entre los que podría destacarse por ejemplo la «fuerza romántica de sus pasiones», en palabras de Jardine, aparecen ya perfectamente definidas en las páginas de estos británicos, confirmando así la tesis defendida por Fernández Herr en su estudio sobre los viajeros franceses. La idea de atraso y decadencia de la España ilustrada se asentaría en este terreno en la existencia de la sociedad española de lo que uno de los viajeros denominó «pervivencias feudales», importante lastre, a juicio de los británicos, que podía dificultar la recuperación de la nación.

Del análisis pormenorizado de las páginas de los viajeros británicos se extrae, por tanto, una visión un tanto crítica de la Ilustración española, en la que ven más limitaciones que logros. Sin embargo, esto no es fruto de una especial animadversión, ni de un desconocimiento de la situación española, ni de una actitud «malintencionada» como llegó a afirmar Sarrailh. Es una consecuencia de la existencia de esas diferentes realidades nacionales, de esas «Ilustraciones con un contexto nacional propio» que hace ya algunos años están siendo objeto de una especial atención, y que está llevando a introducir importantes matizaciones en ese carác-

ter internacional del movimiento ilustrado que durante mucho tiempo pareció inamovible. En ello radica el interés de los libros de viajeros de este período, pues nos hacen contemplar bajo una nueva luz la España reformista ilustrada. Nos permiten conocer la reacción que produce entre los habitantes de un país, en el que algunas de las principales aspiraciones de los ilustrados continentales ya se habían cumplido, convirtiéndose así en modelo en tantos aspectos durante dicha centuria, cuando la anglomanía *recorrió Europa. Si en un análisis desde el interior los cambios que experimentó la España ilustrada merecen, sin duda, una muy especial mención y suponen un cambio profundo con respecto a la situación de la centuria anterior, una mirada a través de los ojos de un contemporáneo británico arroja un balance menos placentero.*

La que algunos han denominado subjetividad *de los viajeros no haría sino añadir un elemento más de interés a esta fuente tan injustamente desprestigiada, al proporcionar información útil para el conocimiento no sólo del país visitado, sino también de la mentalidad imperante en el lugar de origen del viajero. Una comparación entre los comentarios que realizan los viajeros británicos por la Francia anterior a la revolución francesa y los suscitados por las visitas a la Península serían un ejemplo de ello. Las diferencias existentes entre ambas monarquías borbónicas y la británica las harán acreedoras de similares críticas. El gobierno francés, y sobre todo el monarca, son acusados de tener una presencia excesiva que marca toda la vida política, desequilibrando la tan deseada balanza de poderes, a pesar de los escritos críticos de algunos pensadores del país. La agricultura resulta ser muy inferior a la inglesa: el campesino está empobrecido; los instrumentos agrícolas son atrasados; hay costumbres detestables como el barbecho; la tierra está demasiado dividida, y, pese a algunas reformas, como la preocupación por la irrigación o la introducción del maíz, se nota una falta de capital para introducir cambios verdaderamente eficaces. Al analizar la industria, algunos viajeros se muestran sorprendidos por el éxito de algunos sectores textiles, a pesar de la actuación perniciosa del gobierno, defensor de estructuras erróneas como las manufacturas reales. En este campo y en el comercio, los viajeros por Francia no dudan en destacar el papel que sus compatriotas tienen en dicho país como técnicos y comerciantes. La sociedad parece estar aquejada de defectos similares a los de la española. Junto a algunos habitantes muy ricos, aparece también un gran sector de población empobrecido, faltando un sólido grupo intermedio. La nobleza es criticada, sobre todo sus estratos más elevados, por sus prejuicios de origen aristocrático que la alejan del comercio, por tender a la vida urbana y abandonar sus residencias en el campo, descuidando el cuidado de sus tierras. El clero, aunque ha perdido el poder sobre una minoría, lo mantiene a juicio de estos viajeros sobre la mayoría de la población. La superstición y algunas características de la religión católica, como la devoción a las reliquias, las procesiones y muchas otras manifestaciones de religiosidad externa, también frecuentes en el país vecino, son asimismo criticadas. En cuanto a las costumbres descritas, aparecen el paseo, como en España aunque en este caso por los bulevares parisinos, los carnavales y las ferias; lamentan el escaso desarrollo de la prensa y las publicaciones periódicas en general, y critican la brutalidad de algunos espectáculos de lucha entre animales, que vendrían a sustituir a la descalificación por algunos de las corridas. Este rápido resumen de la reacción de los viajeros británicos frente a la realidad francesa, en muchos aspectos paralela a la que analizaremos en páginas posteriores, a veces coincidía con las voces críticas que se estaban levantando en estos países y en otras ocasiones defendía posturas que respondían a planteamientos ideológicos diferentes. En cualquier caso, es una buena prueba del peso que la «realidad británica» tenía en*

sus viajeros y en los juicios por ellos emitidos sobre ciertos aspectos y comportamientos de las monarquías despóticas ilustradas continentales y sus súbditos.

En cuanto a la limitada difusión que han tenido entre nosotros los textos de viajeros del siglo XVIII, la actitud de un español de la época, viajero a su vez, Antonio Ponz, quien atacó con una dureza inusitada a algunos de los autores de viajes por España, ha dificultado aún más el acercamiento a estos relatos, al darse por buena su crítica, muchas veces citada en obras actuales. Clarke y Swinburne reciben los principales ataques, mientras Twiss y Dillon son perdonados, como el mismo Ponz reconoce, por haber tomado gran parte de sus datos sobre arte y otros temas de los tomos ya publicados en su Viaje de España. *Me temo que a todo lo dicho anteriormente sólo queda añadir para intentar explicar la actitud del ilustrado español que, en general, y como demostró la querella de los apologistas, se aceptan más fácilmente las críticas de un amigo e igual, que las de un extraño que se cree y además resulta ser superior. La idea de Juderías, expresada en su conocida obra sobre la Leyenda Negra, de que los viajeros y sus obras formaban parte de una auténtica «conspiración» contra España, ha perdurado y se ha aceptado con demasiada facilidad. La falta de un conocimiento en profundidad de los libros de viajeros ilustrados les ha convertido, a ellos, acusados de difundir toda clase de tópicos, en las víctimas principales de este «tópico historiográfico».*

Capítulo I

EL VIAJE Y LOS LIBROS DE VIAJEROS EN EL SIGLO XVIII

Los relatos de viajes por países más o menos remotos, que pretenden colmar la atención del lector, no son una novedad del siglo XVIII. Desde épocas antiguas viajeros de todo tipo nos han legado sus experiencias reales o ficticias, pues no pueden olvidarse los «viajes imaginarios», que han llegado a constituir todo un género literario. Pero cada período histórico ha impregnado sus libros de viajes de elementos característicos y diferenciadores. Hay una gran distancia entre la narración de un viajero medieval y la de un romántico o un ilustrado, sin olvidar tampoco la existencia de puntos de contacto; Marco Polo, en su *Libro de las Maravillas,* incluye algunas descripciones de Catay que por su carácter demográfico y económico podrían recordar las que sobre España escribió, muchos siglos después, Norberto Caimo, por citar otro nativo de la península italiana.

El siglo XVIII tiene unas preocupaciones propias, enumeradas, definidas, estudiadas en profundidad en multitud de ocasiones por grandes autores. Esta forma de pensar que denominamos «ilustrada» dejó su huella en el concepto que el hombre del XVIII tenía del viaje y confirió una especial

importancia a la literatura que narraba las experiencias de estos «curiosos impertinentes» [1].

Exceptuando algunas zonas aisladas del continente, entre las que podríamos incluir la península ibérica, las condiciones externas que permitían realizar un viaje más cómodamente: caminos, medios de locomoción, posadas..., mejoraron de forma notable en el período que nos ocupa, lo que sin duda influyó en que aumentase considerablemente el número de personas que se decidían a emprender un aún azaroso y aventurado viaje.

Pero no sólo nos encontramos con un mayor contingente de viajeros, sino que dentro del espíritu «utilitario» ilustrado cada vez son más los que narran su experiencia para así compartir sus vivencias y descubrimientos con la colectividad.

En una época en que el ansia por conocer es elemento definitorio los libros de viaje van a tener un éxito extraordinario. Eran muchos los lectores que compartían la afirmación de Addison, «(...) los libros con los que más disfruto son los de viajes» [2]. Los estudios sobre bibliotecas del siglo XVIII nos permiten afirmar que estas narraciones ocupaban en ellas un lugar destacado. Si bien este tipo de trabajos ha sido más frecuente en otros países y así conocemos, por ejemplo, la composición de las bibliotecas de Addison, Johnson, Hume..., por citar algunos de los grandes escritores en lengua inglesa del período, en las que los libros de viajes tenían un lugar destacado, el estudio de Climent sobre las lecturas de Jovellanos [3] nos proporciona datos interesantes para nuestro país. Aun partiendo de la base de que el placer por el viaje y su literatura estaba menos arrai-

[1] ROBERTSON, I., *Los curiosos impertinentes. Viajeros ingleses por España, 1760-1855,* Madrid, 1976.

[2] *The Tatler,* núm. 254, 1710.

[3] CLIMENT, J. P., *Las lecturas de Jovellanos. Ensayo de reconstrucción de su biblioteca,* Oviedo, 1980.

gado en la Península que en Inglaterra, donde en los años 20 y 30 del siglo ilustrado «(...) la edición de libros de viajes quedó sólo por detrás de los de teología» [4], el ensayo de reconstrucción de la biblioteca del asturiano arroja cifras que pueden resultar sorprendentes: literatura en prosa, 71 obras; religión y teología, 77; filosofía, 46; viajes y geografía, 60...

Otra buena fuente para conocer la importancia y difusión que esta literatura tuvo en la época es la prensa, sobre todo los periódicos de ensayo, en los que se recogen artículos sobre la mejor manera posible de viajar y los de crítica literaria. En estos últimos abundan los anuncios y las recensiones de este tipo de literatura. En 1768 un redactor de la *Monthly Review* afirmaba: «(...) de todas las variadas producciones de la imprenta, ninguna es recibida con tanta ilusión por nosotros los críticos y por la gente que desde sus casas se interesa por nuestro trabajo como los escritores de viajeros» [5].

Percy Adams en su estudio sobre ciertos viajeros de este período [6] nos proporciona un magnífico ejemplo de la importancia y reconocimiento que llegó a alcanzar este *género literario.* Mientras el conocido dramaturgo y novelista Henry Fielding recibió de su editor 1.000 libras por una de sus novelas, el menos famoso J. Hawkeswort recibió 6.000 libras por una colección de viajes [7].

Muchos de los grandes escritores del período redactaron

[4] PLUMB, J. H., *England in the 18th century,* Londres, 1963, pág. 30.

[5] *Monthly Review,* núm. 38, 1768.

[6] ADAMS, P. G., *Travellers and travel liars, 1660-1800,* Berkeley-Los Ángeles, 1962.

[7] HAWKESWORTH, J., *Relation des voyages entrepris par ordre de S. M. Britannique et succésivement éxécutés par le commodore Byron, le capitaine Carteret, le capitaine Wallis et le capitaine Cook,* 4 vols., París, 1774.

libros de viajes, por ejemplo centrándonos en Inglaterra podríamos citar a Addison, Defoe, Fielding, Johnson y algunos otros. Viajes reales en estos casos, ficticios en algunos otros. Incluso la importancia del viaje se trasluce en la ficción literaria y se convierte en un recurso muy utilizado: el viajero persa Usbek que critica la sociedad francesa en las *Lettres Persannes* de Montesquieu o su remedo en España, el marroquí Gazel de las *Cartas Marruecas* de Cadalso.

Junto a estos libros en los que el viaje es sólo una técnica narrativa al servicio de la crítica, proliferaron en este período los relatos de falsos viajes, fruto de un sistema bastante depurado de plagio o de la imaginación de *fireside travellers,* viajeros que redactaron sus relatos sin salir de su hogar, confortablemente instalados junto a sus chimeneas. En muchos casos, como señala Adams, por afán de lucro por parte del autor, en otras utilizados para dar vía libre a prejuicios más o menos generalizados que solían motivar las críticas de los verdaderos viajeros o de los naturales del país criticado [8].

No siempre era fácil en el período distinguir el relato cierto del «mentiroso» y en ocasiones la polémica sobre alguna de estas obras ha llegado hasta nuestros días. Un ejemplo podrían ser los relatos que sobre España publicó la baronesa d'Aulnoy: *Mémoires de la cour d'Espagne* (1690) y *Relation du voyage d'Espagne* (1691). Ambas obras tuvieron un éxito inmediato y se tradujeron a varios idiomas, siendo muchos los viajeros posteriores que se refieren a ellas. Sin embargo, el que firmase sus obras como condesa, siendo en realidad baronesa, y su indiscutible habilidad en la redacción de cuentos de hadas, demostrada en *Les contes de Fées* y *Les Fées à la mode,* junto a episodios totalmente inverosímiles incluídos en sus viajes, fueron elementos que

[8] ADAMS, P. G., *op. cit.,* cap. 10.

hicieron que ya en su época se levantasen las primeras dudas sobre la verosimilitud de sus relatos sobre España. Sus defensores eran muchos, otros en cambio la acusaban de haber mezclado la realidad con la ficción. En los años 20 de nuestro siglo el gran especialista en viajes por España Foulché-Delbosc demostró que Mme. d'Aulnoy podía ser incluida sin duda entre los *fireside travellers* [9]. Sin embargo la polémica no quedaba del todo zanjada, ya que poco tiempo después J. Mazon criticó las pruebas aportadas por Foulché-Delbosc [10]. En el momento actual y desde la publicación del libro de Adams *Travellers and travel liars, 1660-1800* (1962), que inserta el problema en un contexto más amplio el tema parece quedar definitivamente resuelto decantándose el americano por la postura del profesor Foulché-Delbosc.

Precisamente en el grupo de libros de viajeros que nos ocupan, los que narran viajes de ingleses por España, tenemos un relato que puede incluirse casi con toda seguridad entre los *fireside travellers.* Más adelante haremos referencia a él, pero no queremos dejar de citarlo en este contexto. Nos referimos a *An account of the most remarkable places in Spain,* de Udal ap Rhys [11].

La «moda» de los libros de viajes y el conocimiento por parte del público de la existencia de estos relatos de falsas experiencias sembraba en ocasiones la duda sobre la verosimilitud de algunas obras. Esta situación quedó muy bien reflejada en el libro que Samuel Paterson publicó a finales de la década de 1760 bajo el pseudónimo de Coriat

[9] FOULCHÉ-DELBOSC, R., *Relation de Voyage d'Espagne, avec une introduction et des notes,* París, 1926.

[10] MAZON, J., «Mme. d'Aulnoy n'aurait-elle pas été en Espagne?», en *Revue de littérature comparée,* VII, 1927, págs. 724-736.

[11] Udal ap Rhys, *An account of the most remarkable places in Spain,* Londres, 1749.

Junior [12]. En él, Paterson realiza una aguda sátira de los libros de viajes más comunes a mediados de siglo, los que proporcionaban un conocimiento enciclopédico del país visitado al ansioso lector, afirmando que no hay manera de probar si el autor ha observado realmente lo que narra. La idea de que en la Europa del siglo XVIII existían abundantes clichés sobre multitud de temas y lugares que podían ser utilizados por un escritor siendo aceptados sin reparos por sus lectores, está claramente presente en la obra de Paterson.

Dentro del grupo de viajes falsos, pero con un espíritu totalmente distinto, podemos incluir lo que algunos autores han denominado «viajes imaginarios». Son aquellos en los que está totalmente clara la imposibilidad de haberse llevado a cabo, muchos de ellos narran viajes a la luna u otros planetas, y que sirven de soporte a reflexiones sobre la sociedad de la época. Entre otros podríamos citar el *Micromegas* (1752), de Voltaire, o algunos de autores españoles [13] como el *Viaje de un filósofo a Selenópolis,* ya de comienzos del siglo XIX, o la descripción de la *Sinapia península de la tierra austral,* estudiada por M. Avilés como utopía española del siglo ilustrado [14], pero que también sirve de ejemplo de la difusión del género de viajes y geográfico.

EL CARÁCTER EDUCATIVO DEL VIAJE. PRECEDENTES

Pero vamos a centrarnos en los verdaderos libros de viajes y a analizar las características propias de estos relatos

[12] Coriat Junior, *Another traveller! or cursory remarks and critical observations made upon a journey through part of the Netherlands in the latter end of the year, 1766,* Londres, 1767-69.

[13] HAFTER, M. Z., «Toward a history of Spanish imaginary voyages», en *Eighteenth Century Studies,* vol. 8, 1974-75, págs. 265-282.

[14] AVILÉS, M., *Sinapia. Una utopía española del siglo de las luces,* Madrid, 1976.

en el siglo XVIII [15]. Una primera aproximación nos llevaría a afirmar que lo más destacable dentro del viaje ilustrado es su carácter educativo, pero la existencia de importantes precedentes de esta concepción en la centuria anterior, sobre todo en Inglaterra, exige una mayor precisión.

Entre estos precedentes, algunos de ellos muy notables [16], habría que destacar a Francis Bacon, cuyos *Essays* dejaron profunda huella en la concepción y estilo de las obras del pensamiento ilustrado y no sólo en los países anglosajones. En la tercera edición de sus *Essays* —1625— [17], Bacon publicó uno titulado «Del viaje» en el que podemos rastrear elementos que serán fundamentales en el viaje ilustrado. El filósofo inglés destaca su importancia como «(...) una parte de la educación» que debe acometerse cuando se es joven. Recomienda que se viaje acompañado de un tutor y que se adquieran previamente algunos conocimientos del idioma del país que se va a visitar. Incluso existe también una similitud con los ilustrados en cuanto a las cosas dignas de ser observadas: «(...) las cortes de justicia..., las iglesias y monasterios..., las murallas y fortificaciones de las ciu-

[15] Existe un magnífico estudio sobre los diferentes tipos de viajes en el siglo XVIII al que haremos frecuentes referencias, aunque se centra más en los aspectos literarios: BATTEN, Ch. L., *Pleasurable instruction. Form and convention in 18th century travel literature,* Berkeley-Los Ángeles-Londres, 1978.

[16] Ver, por ejemplo, BATES, E. S., *Touring in 1600: A study in the development of travel as a manner of education,* Boston, 1911.

[17] La primera edición se publicó en 1597 y contenía diez ensayos; entre 1607 y 1612 se preparó una nueva edición, de la que sólo queda el manuscrito, con veinticuatro nuevos ensayos y los diez primitivos; la segunda edición se publicó en 1612 y de nuevo con retoques pues incluía treinta y ocho ensayos, nueve de los diez primeros, veintitrés de la versión manuscrita y seis completamente nuevos. La tercera edición, en 1625, fue la última publicada en vida de Bacon y en ella se añadieron veinte ensayos nuevos para así completar un total de cincuenta y ocho. Muchos de ellos fueron revisados y retocados en las diferentes ediciones.

dades y los puertos y bahías, las antigüedades y ruinas, bibliotecas, colegios, los debates académicos, las lecciones..., los arsenales..., el mercado de valores...» [18].

El papel del viaje en la educación, la necesidad de un tutor e incluso la importancia de llevar un diario para tener constancia escrita de lo aprendido, se encuentran ya en la obra de este autor de comienzos del siglo XVII, reverenciado en el XVIII.

Quizá la principal diferencia entre este viaje educativo del XVII y el viaje ilustrado sea la repercusión, el alcance que se pretende que tenga. Bacon y luego Locke, por citar sólo a dos de los principales pensadores del XVII, ponen el acento en el valor educativo que para la persona, el joven para Bacon, alguien no tan joven, según puso Hurd en boca de Locke [19], tendrá esa experiencia. En la siguiente centuria, partiendo de la aceptación de este valor educativo —a fines de siglo el gran Rousseau en su tratado de educación que es *L'Emile* sigue defendiendo esa importancia individual— se insistirá en la importancia que para toda la colectividad puede tener el conocimiento por medio de un libro de ese viaje.

Así un periódico español de mediados de siglo, *El Pensador* de Clavijo y Fajardo, enumeraba como sigue los objetivos de un buen viajero: «(...) observar el gobierno de los pueblos por donde pasa y enterarse de los varios sistemas de legislación de que proviene la discrepancia de las naciones; (...) examinar con igual cuidado las artes y ciencias (...); averiguar la protección y fomento que encuentran en el gobierno, el uso que éste hace de la aplicación de los particulares...». Hasta aquí muy parecido a las recomendaciones de Bacon de ciento cincuenta años antes, pero continúa Clavijo: «(...) un hombre que hubiera viajado de esta manera puede ser de grande utilidad en la República (...) compara lo que ha visto fuera con lo que se practica en su país; ve lo que le falta y lo que le sobra; toma de cada pueblo lo que le parece más digno de ser imitado y más análogo al genio de sus compatriotas y acierta mejor con los métodos que han de conducir a una reforma que introduzca lo que falte y destierre lo que dañe» [20]. Para este ilustrado español que seguía las corrientes europeas el viaje debía servir para adquirir conocimientos que pudieran adaptarse a la realidad española para mejorarla. Relatar las experiencias vividas ponían estos conocimientos al alcance de más personas.

De forma similar se expresaba el conde de Berchtold en sus instrucciones sobre cómo viajar, al recomendar que el viajero mire a su propio país como «(...) a un amigo enfermo, para cuya curación pide consejo al mundo» [21]. Y aun se acerca más el ensayo de Clavijo a lo expresado por Voltaire, quien señaló al viajero que «(...) dar relación veraz de todas las cosas útiles y de las personas extraordinarias que hay que conocer e imitar será un beneficio para nuestros compatriotas», un viajero así es «(...) un noble comerciante que importa a su país nativo las artes y virtudes de otras naciones» [22].

En la Europa del XVIII era frecuente encontrar a jóvenes

[18] BACON, F., *Essays,* Londres, 1985, pág. 113.

[19] HURD, R., *Dialogues on the uses of foreign travel considered as a part of an english gentleman's education: between Lord Shaftesbury and Mr. Locke.* Londres, 1764. En esta obra se reproduce una supuesta discusión entre ambos filósofos sobre la importancia del viaje en la educación. Shaftesbury defiende su realización en los años jóvenes, entre los dieciséis y los veintiuno, mientras que el autor hace que Locke postule la necesidad de proporcionar al joven una buena educación en esos años para que pueda luego viajar con más provecho.

[20] *El Pensador,* Madrid, 1762, vol. 2, págs. 161-164.

[21] BERCHTOLD, L., *Essays to direct and extend the inquiries of patriotic travellers, vol. I,* Londres, 1789, pág. 85.

[22] VOLTAIRE, *An essay upon the civil wars,* Londres, 1727. Cit. en BATTEN, Ch. L., *op. cit.,* pág. 73.

de buena familia recorriendo diversos países en compañía de un hombre de más edad, ayo o preceptor, persona de experiencia responsable de que su pupilo obtenga de la gira todo el provecho posible. A veces es precisamente este tutor quien da a conocer una relación del viaje. John Durant Breval, inglés, aunque descendiente de una familia de refugiados hugonotes, viajó en 1720 al continente como «travelling tutor» del vizconde Malpas, publicando poco después *Remarks on several parts of Europe* [23]. En fechas muy distintas encontramos a otro inglés, John Owen, que en 1791 viajó al continente como acompañante de un joven. Sus experiencias en Italia, Suiza y la Francia revolucionaria quedaron recogidas en *Travels into differents parts of Europe in the years 1791 and 1792* [24]. En otras ocasiones, el hecho de haber publicado un libro de viajes podía propiciar un contrato para volver al extranjero tutelando a un joven caballero. Concretamente en el caso de Breval, el éxito de sus *Remarks* le facilitó nuevos puestos de «travelling tutor».

Un caso excepcional del que no nos ha quedado lamentablemente relación escrita es el de Adam Smith. En 1764 emprendió viaje a Europa como tutor del duque de Bucleugh; durante dos años recorrieron el continente y el gran economista pudo entrar en contacto con los fisiócratas y algunos de los hombres responsables de la Enciclopedia.

Para el ilustrado, «(...) viajar por viajar es errar, es ser un vagabundo. Incluso viajar para instruirse es un objetivo demasiado vago; la instrucción que no tiene una meta determinada no es nada» [25]. Cada viajero, según sus intereses

[23] Breval, J. D., *Remarks on several parts of Europe,* 2 vols., Londres, 1723-28.

[24] Owen, J., *Travels into different parts of Europe in the years 1791 and 1792,* 2 vols., Londres, 1796.

[25] *Observations générales sur les voyages. Recueil amusant de voyages en vers et en prose, faits par différents auteurs,* París, 1783, vol. IV, pág. 5.

y habilidades, deberá centrarse en los temas que le sean más afines. Por ello, Dalrymple, mayor del ejército inglés destinado en Gibraltar y probablemente espía al servicio de su gobierno, quiere seguir «(...) un camino poco trillado por anteriores viajeros. La Academia militar recién creada por O'Reilly en Ávila» y «la Universidad de Salamanca, de camino a Ferrol, el gran arsenal del Estado» [26].

También en este aspecto, preocupación por precisar cuáles son los objetivos del viaje e instrucciones para que sea más efectivo, encontramos algunos precedentes en Inglaterra. No debe resultar chocante la reiterada referencia a este país, pues como señaló el Abbé Le Blanc en sus *Letters on the English and French nations,* «el inglés viaja más que cualquier otro pueblo de Europa» [27].

Ya en el siglo XVII la Royal Society, esa institución admirada e imitada por todas las naciones ilustradas europeas, había demostrado su preocupación por obtener un provecho del afán viajero de sus compatriotas y había publicado unas instrucciones [28], dando así un carácter institucional y más difusión al espíritu de algunas otras obras similares menos conocidas. La más antigua recogida por Batten es la de William Davidson «Most notable and excellent instructions for travellers» que se publicó como prólogo a las *Profitable instructions describing what special observations are to be taken by travellers in all nations* (1633).

En estos manuales del buen viajero podemos observar la gestación del espíritu enciclopedista al que tanto impulso dará la Francia del XVIII [29]. No se trata de guías en un sen-

[26] Dalrymple, W., *Travels through Spain and Portugal in 1774,* Londres, 1775, pág. III.

[27] Le Blanc, A., *Letters on the English and French nations,* Londres, 1747.

[28] *Directions for sea-men, bound for far voyages,* Londres, 1666.

[29] Ver Attkinson, G., *Les relations de voyages du XVIIè siècle*

Literatura Viajes Ilustración
↳ Precedente indudable de la Antropología en el período fundacional (Etnografía)

tido moderno del término, como las que se generalizarán en el siglo XIX, sino de catálogos de preguntas que el viajero debe hacer, pequeños experimentos que debe acometer, cosas que no debe dejar de observar. Batten recoge uno de los cuestionarios de Davidson sobre qué debe tener en cuenta el viajero al recorrer un país:

I. Su situación y naturaleza. Es decir si es:
   1. Isla o continente; cerca o lejos del mar.
   2. Llano o montañoso; con abundantes o escasos ríos.

II. Tamaño:
   1. Longitud.
   2. Anchura.
   3. Perímetro.

Incluyendo también:
   1. Forma.
   2. Clima.

III. Cómo limita con otros países y
   1. qué países son;
   2. si son fuertes y ricos y cuánto;
   3. qué poseen;
   4. si son amigos o enemigos.

IV. Su fertilidad y qué bienes producen:
   1. Cosecha y producción y qué parte es:
      1. consumida en casa;
      2. enviada al extranjero.
   2. Necesidades, cómo y de dónde se abastecen:
      1. naturaleza bienes.

et l'évolution des idées: contribution à l'étude de la formation de l'esprit du XVIIIè siècle, París, 1925.

V. Qué fuerza tiene y cómo se defienden contra asaltos de sus vecinos, ya sea
   1. por mar y entonces hay que observar
      1. qué puertos y bahías tiene y qué
         1. acceso,
         2. capacidad,
         3. tráfico,
         4. número de barcos;
      2. qué otras defensas hay en la costa.
   2. Por tierra:
      1. Montañas.
      2. Ríos.
      3. Pantanos.
      4. Bosques.
      5. Qué pueblos, ciudades, castillos, etc., tienen ya sea en el interior o en las fronteras y cómo están:
         1. fortificados,
         2. poblados.

VI. Qué Universidades o lugares de estudio tiene y qué
   1. fundación,
   2. ingresos,
   3. profesiones.

VII. Qué condados y provincias tiene y qué
   1. producen:
      1. cantidad,
      2. calidad;
   2. población;

3. forma de gobierno y por quién están administrados [30].

Estas recomendaciones para viajeros junto con algunas otras de carácter más específico, como por ejemplo las *General Heads for the natural history of a country for the use of travellers and navigators* (1692) de R. Boyle, no tuvieron demasiado éxito a comienzos del siglo ilustrado.

EL VIAJE «CLÁSICO»

Ya a finales del siglo XVII Inglaterra se había convertido en el centro del comercio y en cuna de libertades envidiadas por otros países, sin embargo un caballero inglés interesado por las artes y las letras había de viajar al continente [31]. En este período, la tradición clásica tuvo gran fuerza en las islas británicas, lo que ha llevado a muchos historiadores y críticos literarios a denominar el período *Augustan Age*, calificativo discutido por algunos sectores sobre todo desde la aparición de la obra de Weinbrot [32]. Esta polémica es, sin

[30] En BATTEN, Ch. L., *op. cit.*, págs. 88-89.

[31] MAXWELL, C., *The English traveller in France 1698-1815*, Londres, 1932.

[32] El término Augustan, utilizado con profusión hasta nuestros días, buscaba destacar la importancia de lo romano y, sobre todo, de la figura de Augusto en un período de la historia de la cultura inglesa que comenzaría aproximadamente hacia 1660 y que se prolongaría en el siglo XVIII. En 1978 HORACE WEINBROT, en su obra *Augustus Caesar in Augustan England*, Princeton, 1978, atacó esta terminología por considerar que no sólo Augusto, ni siquiera únicamente los modelos romanos son importantes en esta época. Junto a la admiración por lo romano existe en el siglo XVIII inglés un gran interés por lo griego y, por supuesto, por el Renacimiento. La publicación en años anteriores de obras como la de J. W. JOHNSON *The formation of English Neo-classical thought*, Princeton, 1967, poniendo de manifiesto gran cantidad de influencias clásicas no roma-

embargo, fundamentalmente terminológica y nadie pone en duda la importancia de «lo clásico» en el período. Obras como el *Essay on criticism* (1711), de Pope, han sido consideradas como «(...) una poderosa defensa de los principios clásicos» [33]. Esta admiración por el clasicismo es quizá uno de los motivos de que los primeros viajeros ingleses que emprendían el *Grand Tour* [34] en el siglo ilustrado tuvieran como meta final y objetivo privilegiado Italia.

A fines de siglo, Horace Walpole, autor de novelas góticas y prototipo de un espíritu muy diferente, se burlaba de este «gusto» por lo clásico. En 1732 se había creado en Inglaterra una *Society of Dilettanti* que exigía para ser admitido como miembro haber realizado el *Grand Tour*. Con bastante sorna Walpole comentaba que para formar parte de ella en teoría era preciso haber visitado Italia, pero en realidad bastaba con ser borracho [35].

El gran ensayista-periodista Joseph Addison, colaborador de Steele en *The Tatler* y principal responsable de *The*

nas en la cultura inglesa del XVIII, sirvieron de apoyo a esta teoría. En general esta postura es compartida por los estudiosos norteamericanos, mientras que obras inglesas recientes, por ejemplo la de ENSKINE-HILL, *The Augustan idea in English literature*, Londres, 1983, defienden la concepción tradicional. Una excepción y quizá anuncio de una aceptación de la postura americana por la comunidad científica británica es la reciente obra de JAMES SAMBROCK *The 18th century. The intellectual and cultural context of English literature 1700-1789*, Londres, 1986.

[33] GARLAND, H. B., y GRIMSLEY, R. (ed.), *The age of Enlightenment. 1715-1789*, Londres, 1979, pág. 385.

[34] Es abundante la bibliografía existente sobre el Grand Tour; entre las obras clásicas podemos citar: MEAD, W. E., *The Grand Tour in the 18th century*, Boston, 1914; LAMBERT, R. S. (ed.), *The Grand Tour: A journey in the tracks of the age of aristocracy*, Nueva York, 1937. Más recientes son: BLACK, J., *The British and the Grand Tour*, Londres, 1985; HIBBERT, Ch., *The Grand Tour*, Londres, 1987.

[35] Cit. en DENVIR, B., *The 18th century. Art, design and society. 1689-1789*, Londres, 1983, pág. 11.

Spectator, es el representante por excelencia del viajero fascinado por lo clásico de comienzos de siglo. En diciembre de 1700 zarpaba de Marsella hacia Italia como tutor, él también, de George Dashwood, hijo del lord mayor de Londres, y de Edward Montagu, sobrino de lord Halifax. Probablemente el pago que recibió por acompañar a estos jóvenes sirvió para cubrir los gastos de un viaje que de otro modo hubiera resultado difícil sufragar. Su recorrido por Italia quedó recogido en un libro, *Remarks on several parts of Italy in the years 1701, 1702 and 1703,* obra que se convirtió en compañera inexcusable de cualquier inglés de principios de siglo que decidiese emprender el *Grand Tour.* Prueba de su éxito son sus casi 20 ediciones a lo largo del siglo y su traducción al francés, holandés y otras lenguas.

A lo largo de la obra queda claro su interés por la antigüedad clásica. Si bien en su visita al Vesubio llevó a cabo algunos experimentos científicos, cuya ingenuidad nos hace hoy sonreír, no cabe duda de que estas veleidades cientifistas ocupan un lugar muy secundario entre sus intereses. Gran conocedor de los poetas latinos, que releyó antes de emprender su viaje, utiliza con frecuencia sus versos para describir el paisaje que recorre. Esta admiración por lo clásico le lleva a emitir juicios en ocasiones poco afortunados, sobre la arquitectura gótica. Ve representada en ella la tosquedad de otros siglos; resalta su suciedad y oscuridad, que le desazonan, y alaba por el contrario la antigüedad clásica y los nuevos edificios que siguen sus normas consiguiendo, según Addison, equilibrio y luminosidad. Enumeraciones de esculturas, cuadros y monedas, que casi podrían ser considerados catálogos, completan estas *Remarks* que servirán de modelo a otros narradores posteriores.

EL VIAJE CLÁSICO POR ESPAÑA

El viaje por España se generalizó sobre todo en la segunda mitad del siglo, cuando este tipo de relato, marcado por el gusto por lo clásico ya había pasado de moda. Sin embargo, los escasos viajeros que se aventuraron por la Península en la primera mitad de la centuria narraron su recorrido siguiendo al detalle el modelo elaborado por Addison. Así, por ejemplo, *Remarks on several parts of Europa, relating chiefly to their antiquities and history,* publicado en 1723 por John Durant Breval y en el que incluye su viaje por la Península, está plagado de referencias clásicas, descripciones de inscripciones latinas, etc., en el más puro estilo de las *Remarks* en que se inspira.

En los años 70, con bastante retraso por tanto, apareció un libro de viajes que claramente puede ser incluido en el grupo de imitaciones de las *Remarks* de Addison. Francis Carter dedicó su larga estancia en la Península —de 1753 a 1773 casi ininterrumpidamente— a estudiar las «antigüedades» de la zona andaluza. Llegó a ser conocido como coleccionista de libros y monedas y fue elegido miembro de la *Society of Antiquaries* inglesa en mayo de 1779. Su obra *A journey from Gibraltar to Málaga* (1777)[36] se centra fundamentalmente en la descripción de las principales antigüedades romanas y musulmanas del reino de Granada. Datos de tipo histórico, inscripciones latinas, descripción de monedas, en el más puro estilo de Addison, aunque con no tanta fortuna, pueblan esta obra que fue muy mal acogida en la Inglaterra de la época. Carter seguía un modelo ya abandonado en su país lo que motivó que el mismo año de

[36] La obra de Carter ha sido traducida al español en 1981, pese a ser uno de los relatos de viajes más tediosos del siglo XVIII, criticado por ello el mismo año de su publicación.

su publicación, 1777, la *Critical Review* hiciese una reseña muy negativa [37].

El período de interés por lo clásico había pasado y el viaje filosófico-ilustrado estaba en pleno apogeo desde mediados de siglo. Su obra, como la de Addison a fines de la centuria, será criticada por dedicar demasiado espacio a los poetas y filósofos clásicos y proporcionar poca información sobre las leyes, la política, el comercio, etc. Es interesante señalar que en 1773 otra de las grandes figuras literarias de la Inglaterra del siglo XVIII, Samuel Johnson, calificó las *Remarks* de Addison de «libro tedioso» [38].

EL VIAJE «FILOSÓFICO» O «ILUSTRADO»

A mediados de siglo se desarrolla un nuevo concepto de viaje, relacionado con la visión que vimos en algunos autores del siglo XVII, y que responde a lo que normalmente se considera el prototipo del viaje ilustrado o filosófico. Precisamente el doctor Johnson es uno de los principales representantes de este grupo de viajeros [39], como Addison lo fue de los de principio de siglo. El famoso literato no tuvo demasiadas oportunidades de realizar viajes a países lejanos, pero no dejó de animar a otros, por ejemplo Baretti, a emprenderlos. Johnson se quejaba de esta situación en una carta a unos amigos que acababan de recibir 14.000 libras: «Si tuviera suficiente dinero, ¿qué haría? (...) iría a El Cairo y recorrería el mar Rojo, llegaría hasta Bengala y visitaría la India (...). La mitad de 1.000 libras bastarían para llevarme lejos a conocer otras formas de existencia y traerme

[37] *Critical Review*, núm. 43, 1777, págs. 426-427.

[38] BATTEN, Ch. L., *op. cit.*, pág. 19.

[39] HART, F. R., «Johnson as philosophical traveler: the perfection of an idea», en *English Language Notes*, núm. 36, 1969.

de vuelta a casa para describirlas» [40]. Este modelo de viaje perdurará hasta finales de la centuria conviviendo con los primeros relatos de «viajes pintorescos» de los años 1780-90, en los que el elemento personal predomina sobre lo educativo.

Estos viajeros ilustrados enlazan con el espíritu difundido por la *Royal Society* y desde fechas muy tempranas dispondrán de libros de instrucciones en los que, como había hecho Davidson en el siglo anterior, se elabora un inventario detallado de los pasos a seguir para completar un viaje filosófico útil a la sociedad. Según la *Monthly Review* un filósofo debe narrarnos como resultado de su viaje: «(...) los descubrimientos de la ciencia, las mejoras del arte, la extensión del conocimiento —en una palabra, los avances generales del género humano o los específicos de un país...» [41].

En 1757 vieron la luz las *Instructions for travellers* del obispo Tucker que son un paso más en la definición del viaje filosófico. En ellas, además de especificar aquellos temas que un viajero «patriótico» debía estudiar en profundidad para beneficio de su propio país, se insiste en que éste «(...) debe siempre tener en mente la gran máxima, que el aspecto de cada país por el que pase, la apariencia, número y comportamiento de sus habitantes, su vestido, alimentación y vivienda, sus conocimientos en agricultura, manufacturas, artes y ciencias, son los efectos y consecuencias de determinadas causas». Él debe descubrir estas causas y evaluar si se deben a:

— «la naturaleza del suelo y la situación del país,
— al genio peculiar y a las invenciones de los habitantes,

[40] De Samuel Johnson a Mrs. Thrale. Cit. en BRONSON, B. H., «Johnson traveling companion, in fancy and fact», en *Johnson and his Age*, Harvard English Studies, 12, Cambridge, Mass., 1984, página 165.

[41] *Monthly Review*, núm. 28, 1763, pág. 215.

— al espíritu público y a la forma de su Constitución,
— o a principios religiosos tolerados o establecidos entre ellos» [42].

Podemos encontrar claras huellas de este espíritu en muchos de los viajeros que recorrieron la Península en la segunda mitad del siglo XVIII. Así, por ejemplo, el empeño de un Jardine por responsabilizar al tipo de gobierno, «a la francesa» y enemigo del «carácter español» [43], de todos los males que él observa en la Península; o Croker, culpando al clima de la supuesta holgazanería de los andaluces [44] ...

La fría acumulación de datos sólo no basta, se comienza a requerir la introducción del elemento personal, de la opinión, el juicio, aunque aún prime la búsqueda de información aprovechable por el propio país. Tucker, por ejemplo, concluye su pequeña obra con unas normas sobre qué debe averiguar el viajero para saber si un país o una ciudad es pobre o rica:

«1. El viajero debe averiguar el precio relativo de la tierra y el dinero...

2. (...) observar las condiciones de las posadas situadas en los grandes caminos.

3. (...) averiguar el número de vehículos que pasan por el camino.

4. (...) debe estar muy atento a la cantidad y calidad de las mercancías que se encuentran en las tiendas...

5. (...) debe informarse sobre el nivel de vida de las ciudades...

6. (...) debe observarse tanto en el campo como en la

[42] TUCKER, J., *Instructions for travellers*, Londres, 1757, pág. 15.
[43] JARDINE, A., *Letters from Barbarie, France, Spain, Portugal, etc.*, Londres, 1788, vol., 2, págs. 97-98.
[44] CROKER, R., *Travels through several provinces of Spain and Portugal*, Londres, 1799, pág. 229.

ciudad si la mayoría de los habitantes decoran o mantienen limpio el exterior de su casa...

7. Por último, es importante que averigüe si los colonos en el campo pagan sus rentas en dinero o en especie [45].

Las respuestas a estas preguntas van a constituir el elemento principal de la mayoría de los libros de viajes por España en la segunda mitad del siglo XVIII y son los datos que nos van a permitir averiguar la visión que de dicho país proporcionaban estos viajeros a sus compatriotas.

Aun cuando a partir de la década de los 80 empiezan a publicarse relatos de viajes en los que comienza a percibirse un claro prerromanticismo, este modelo de viaje filosófico gozó de bastante buena salud hasta el cambio de siglo. El éxito que tuvo la publicación del conde de Berchtold así lo prueba. Este autor, siguiendo muy de cerca el libro de Tucker, compuso una extensísima lista de preguntas que debían ayudar a los «viajeros patrióticos». Un ejemplo de su prolijidad puede ser la sección dedicada a la agricultura, en la que incluye en forma de tabla dejando espacio para contestar 206 preguntas, entre otras:

— nombre de los distintos productos del país;
— su precio más bajo;
— su precio más alto;
— producto de la cosecha anual de cada cultivo;
— valor medio del producto de cada cultivo;
— consumo anual de cada producto;
— cantidad anual exportada de cada producto;
— país al que se exporta cada producto, en qué cantidad y a qué precio por término medio;
— nombre de la provincia en que se cultiva cada producto;

[45] TUCKER, J., *op. cit.*, págs. 89-93.

— número de acres empleados en el cultivo de cada producto;
— precio de un acre de tierra apropiado para el cultivo de cada producto;
— renta por un acre de tierra apropiado para el cultivo de cada producto;
— grado de fertilidad, cuántos *bushels* [46] se obtienen por *bushel* sembrado [47].

EL VIAJE ILUSTRADO EN ESPAÑA

Esta preocupación por obtener y transmitir un conocimiento enciclopédico del país visitado puede observarse por ejemplo en la obra que sobre España escribió Edward Clarke. Llegado en 1760 a Madrid como capellán de la Embajada británica, sus *Letters on the Spanish nation* son un compendio de información de lo más variado: organización del gobierno, la justicia, el ejército, universidades, catálogo de manuscritos de la biblioteca de El Escorial, una relación de pesas y medidas en Castilla con equivalencias en otras zonas... Clara muestra del cambio de mentalidad que llevó a Clarke a afirmar que su obra era una réplica a aquellos que creían ser «útiles» al público dando a la luz con sus escritos «una moneda herrumbrosa» o «una inscripción semiborrada» [48]. Sin embargo estas *Letters* son un mero catálogo de información por temas en el que no hay línea narrativa, ni ningún juicio personal sobre el país descrito, cuando en

[46] *Bushel.* Medida de capacidad para grano y frutas, aproximadamente 8 galones, 36,6 litros.
[47] Todas estas cuestiones se encuentran recogidas en uno solo de los cuadros de preguntas del libro de Berchtold ya citado.
[48] CLARKE, E., *Letters concerning the Spanish nation,* Londres, 1763, pág. 1.

realidad los lectores, a juzgar por los comentarios de la prensa, esperaban algo más de un viajero-filósofo.

En las mismas fechas en que veía la luz la obra de Berchtold, Joseph Townsend emprendía su viaje por España recogido en su *Journey through Spain in the years 1786 and 1787*. Este viajero, uno de los pocos de formación científica que visitaron la Península, es probablemente uno de los más conocidos, habiéndose extraído con frecuencia datos de su obra para apoyar estudios sobre industria, transportes... Si Carter o Breval seguían las huellas de Addison, Townsend es claramente un modelo de viajero filosófico. Sin llegar al extremo del conde de Berchtold, quien pretendía que de los escritos de un viajero se pudiese obtener un conocimiento enciclopédico de un país, Townsend se preocupa por proporcionar a sus lectores determinadas informaciones, algunas de las cuales coinciden con las demandadas por el conde. Así, por ejemplo, siempre que da por terminada su visita a una ciudad Townsend incluye una lista de precios de los principales artículos de consumo e incluso en ocasiones de salarios. La aparición de este tipo de información (precio del cordero, por ejemplo) da a esta obra un carácter totalmente diferente a la de Carter, repleta de descripciones de inscripciones latinas y monedas, o la de Cumberland que se detiene en datos anecdóticos, como la descripción de un partido de tenis entre miembros de la nobleza.

EL VIAJERO «PRERROMÁNTICO»

Al igual que señalamos la diferencia existente entre el viajero «clásico» y el «filosófico», desde mediados de siglo asistimos a la aparición de un nuevo tipo de viajero. En él la preocupación por recoger información «útil», la «obsesión enciclopédica» ceden paso a un mayor interés por otro tipo

de elementos, lo «personal» adquiere primacía sobre lo «colectivo», el suscitar «placer» o determinadas «emociones» sobre «educar» o «instruir» [49].

Si en los últimos años un sector de historiadores de la cultura y más concretamente de la literatura han empezado a criticar la utilización del término *augustan* para calificar el neoclasicismo inglés, no son menores los problemas que suscita el intentar encontrar un término para expresar el desarrollo de una nueva visión de las cosas, de una sensibilidad diferente. Durante mucho tiempo en el mundo académico inglés se habló de «prerromanticismo», para luego pasar a definir ese período como de «romanticismo incipiente», e incluso sacar a relucir un período totalmente nuevo, entre lo clásico y lo romántico, que se etiquetó como *the age of sensibility*. No vamos a entrar en esta polémica que se complica aún más cuando se intenta establecer unos límites cronológicos al surgimiento y desarrollo de ese nuevo espíritu [50]. Sin embargo tendremos que intentar determinar en qué consisten los cambios que podemos observar se producen en determinados libros de viajes y cuándo se inicia este proceso.

Como muy bien señala Batten, la máxima de Horacio, «instruir deleitando», estuvo presente en gran parte de los libros de viajes del siglo XVIII, pero desde la publicación del *Sentimental Journey* (1768), de Laurence Sterne, aparecerá un grupo de relatos en los que claramente la balanza se inclina hacia el segundo elemento [51]. Muchos de sus imitadores se limitarán a viajes imaginarios, pero otros aplicarán el modelo de Sterne a relaciones reales. Estos viajeros dedicarán muchas páginas a temas que Addison o Johnson jamás hubiesen incluido en sus libros de viajes por considerarlos triviales o sin importancia.

[49] PARKS, G. B., «The turn to the Romantic in the travel literature of the 18th century», en *Modern Language Quaterly*, núm. 25, 1964, págs. 22-33.

[50] Un breve resumen de esta polémica puede leerse en SAMBROOK, J., *op. cit.*, págs. 209-210. Para una visión más completa pueden consultarse las obras de ENGELLS, J., *The creative imagination. Enligthenment to Romanticism*, Cambridge, Mass., 1981; FRYE, N., «Towards defining an Age of Sensibility», en *ELH*, 23, 1956; HEPWORTH, B., *The rise of romanticism. Essential texts*, Manchester, 1978; THACKER, C., *The wildness pleases: the origins of Romanticism*, Londres, 1983, y otros.

Un ejemplo de este cambio de actitud podemos observarlo claramente en algunos de los viajeros que recorrieron la Península desde los años 80. Wiliam Beckford, que estuvo en España en fechas no muy tardías, 1787-88, al mismo tiempo que Townsend, encontraba las *Letters concerning the Spanish nation*, de Edward Clarke, «pesadas», y los *Travels through Spain and Portugal in 1774*, de Dalrymple, «áridos, cansados e irritantes» [52]. Para él, era de la mayor importancia la narración de las fiestas de la nobleza madrileña o la descripción de un partido de tenis entre el tutor de Listenais, yerno del embajador de Francia en Madrid, duque de la Vauguyon, y el duque del Infantado. Incluso el título que pensó para su libro de viajes: *Dreams, walking thoughts and incidents in a series of letters from various parts of Europe*, que hubo de cambiar por imposición familiar por el más tradicional *Italy with sketches of Spain and Portugal*, es prueba de ese cambio de mentalidad.

Robert Southey, cuyas *Letters written during a journey in Spain and a short residence in Portugal* vieron la luz en 1797, señala en su prólogo para tranquilizar al lector «prerromántico» que en su libro no se hallarán «(...) disquisiciones sobre el comercio o la política». En *Essays moral and political*, obra posterior a su libro sobre España, incluyó un ensayo sobre Inglaterra vista a partir de las relaciones

[51] BATTEN, Ch. L., *op. cit.*, pág. 79.

[52] BOYD, A. (ed.), *The journal of William Beckford in Portugal and Spain. 1787-1788*, Londres, 1954, pág. 5.

de viajeros extranjeros (1816), en el que resume muy bien el cambio de mentalidad a que hemos hecho referencia: «Un autor que cabalgue deprisa a través de un país y narre todo lo que ha visto y oído en su camino, escribirá un diario más ameno y probablemente menos erróneo que si hubiese preguntado las 220 cuestiones de don Manuel Gaetano de Sousa [53] o hubiese seguido las instrucciones del conde Leopoldo [54] al pie de la letra» [55].

«Ameno», difícilmente podemos aplicar tal calificativo a las descripciones de antigüedades de Carter o a los datos económicos de Clarke o Townsend, o a las precisiones geológicas de Bowles. Los «prerrománticos», en cambio, cuando describen un paisaje buscan suscitar una emoción en su lector, no informarle de cuál es la composición del terreno o los principales productos agrarios que de él se obtienen. Las costumbres y la naturaleza serán los temas por excelencia de estos precursores de otro espíritu.

Sin embargo, no ha llegado aún la época de G. Borrow, Teophile Gautier o el barón Ch. Davillier, que viajarían por la Península en 1836, 1840 y 1862, respectivamente, representantes del viajero romántico por excelencia. La diferencia en la concepción del viaje puede apreciarse incluso en elementos complementarios, como son los grabados que acompañan al relato de sus experiencias. Los hombres del siglo XVIII ilustran sus obras con vistas muy detalladas de las ciudades, sus puertos, obras de arte, inscripciones latinas, incluso modelos de arado que han encontrado interesantes,

[53] A fines del siglo XVIII Juan V de Portugal hizo que le preparasen para un viaje de incógnito por Inglaterra una lista de instrucciones. Buscaba así sacar el mayor provecho posible de su viaje. El encargado de redactarla fue Gaetano de Sousa.

[54] Se refiere al conde Leopoldo de Berchtold, cuya obra hemos citado anteriormente.

[55] SOUTHEY, R., *Essays moral and political*, Londres, 1832, volumen I, págs. 252-253.

como mucho algún traje regional. El gran artista Gustave Doré, que acompañó a Davillier, recoge en sus dibujos tipos humanos, mujeres de rostro semioculto por negros velos, gitanos, bandoleros.

En el caso concreto de Southey, aunque en su obra predomine la narración humorística de tipo costumbrista, no puede evitar que su formación literaria le lleve a realizar un estudio de los autores españoles de la época que puede resultar casi tan árido como el estudio sobre el ejército de Dalrymple o el de los pesos y medidas de Clarke.

Será ya en el siglo XIX, fuera por tanto de nuestro marco cronológico, cuando puedan distinguirse claramente dos tipos de libros de viajes:

— el libro para entretener,
— la guía para informar [56].

Junto a la obra de Charles de Davillier antes citada, que pertenecería al primer grupo, encontramos, por ejemplo, los conocidos Manuales y Guías de Richard Ford. En ellos predomina la información sobre distancias, medios de locomoción, ventas que se hallan en el camino y su calidad, excursiones que no se pueden dejar de hacer, edificios que hay que visitar.

Las diferencias entre estos dos grupos de libros se irán haciendo mayores a medida que avanza el siglo XIX. Aparecerán las conocidas guías Murray o Baedeker, mientras que de los libros que narraban viajes, escribía un periodista en el *Fraser's Magazine*: «(...) en ninguna parcela de nuestra literatura ha tenido lugar un cambio tan notable como en la de viajes...», en vez de obtener información de un libro de viajes el lector se encuentra con que a menudo podría informar él al viajero [57]. Con mentalidad que podríamos

[56] BATTEN, Ch. L., *op. cit.*, págs. 29-30.

[57] «Recent travels», en *Fraser's Magazine*, núm. 46, 1852, pág. 245.

calificar aún de filosófica, este escritor pretendía que un libro de viajes le proporcionase una visión profunda sobre la realidad del país y no una mera relación de posibles lugares de alojamiento. Pero el viajero filosófico, el más acorde con el espíritu del siglo ilustrado, el más preocupado por proporcionar información útil a la colectividad, y por ello al que más hemos recurrido en este trabajo, perdió la primacía con el cambio de siglo.

LA FORMA EN LAS NARRACIONES DE VIAJES

Si bien hemos señalado una serie de diferencias entre los libros de viajes publicados a lo largo del siglo XVIII, diferencias basadas fundamentalmente en los temas tratados de acuerdo con la finalidad del viaje, si nos centrásemos en la forma utilizada para narrar estos viajes no encontraríamos una peculiar de cada uno de estos grupos. Viajeros «clásicos», «filosóficos» o «prerrománticos» utilizan indistintamente el diario, las cartas o el ensayo como forma de exponer su viaje.

En el diario se procura una ordenación cronológica de la información, insistiendo siempre en que son exactamente las notas tomadas durante el viaje. En el caso de las cartas, aparecen dirigidas a uno o varios corresponsales a los que se cuenta lo observado durante el recorrido; con frecuencia el autor afirma que son los amigos que han recibido las cartas los que han presionado para que se publiquen. Cuando se trata de un ensayo el autor parte de las notas tomadas durante el viaje, redactando la información de forma más literaria y agrupándola por temas.

Arthur Young, el agronomista y viajero, incluyó al inicio de sus *Travels in France* una sección que tituló «General

Observations» en la que reflexiona sobre la forma que pueden adoptar los libros de viajes. Él engloba los diarios y cartas en un solo grupo, los *registers,* diferenciándolos de los libros que son «una descripción de los resultados del viaje». Para Young cada una de estas formas tenía ventajas e inconvenientes: Los *registers* «tienen la ventaja de comportar un mayor grado de credibilidad (...). Si un viajero registra sus observaciones, se nota cuando escribe sobre algo que no ha visto». El inconveniente de este sistema es su prolijidad y que fuerza a dar información interesante de forma desordenada e inconexa. El ensayo, por el contrario, permite mayor elaboración de acuerdo con la habilidad del autor. Pero este trabajo de retoque es a la vez, según Young, su principal inconveniente, pues pierde la espontaneidad que en el período que nos ocupa era considerada elemento importante para aceptar la verosimilitud de un relato [58].

Los viajeros que recorrieron España utilizaron indistintamente los tres sistemas de exponer su viaje, aunque hay un predominio de los dos primeros, los que Young engloba bajo la calificación de *registers.* No en vano la *Monthly Review* señalaba en 1771 que el diario es «la forma más natural» de narrar viajes [59].

ESPAÑA EN EL *GRAND TOUR*

Diversas concepciones del viaje, diversas formas de exponerlo al público, pero ¿dónde encaminaban sus pasos los viajeros del XVIII? El *Grand Tour* se centraba fundamentalmente en Francia, Italia, los Países Bajos y otras zonas de Europa central, quedando la Península fuera de las rutas

[58] YOUNG, A., *Travels in France,* Londres, 1792, págs. 1-3.
[59] *Monthly Review,* núm. 45, 1771, pág. 212.

convencionales. Si nos centramos en el viaje «filosófico», el que más desarrollo tuvo a lo largo de todo el siglo, esta situación no debe resultar extraña. ¿Qué podía aportar España a los ingleses que se aventuraron a recorrerla? Pocos eran los avances científicos o técnicos, las novedades en la forma de gobierno que la España borbónica podía proporcionar al ilustrado europeo. Su retraso respecto a las naciones más avanzadas de Europa, su aislamiento geográfico en un extremo del continente, sus rasgos históricos peculiares, todo hace a la Península poco atractiva para el hombre del XVIII, aunque serán estos mismos elementos los que la coloquen en un puesto destacado en el *Tour* de los románticos.

En 1761, el doctor Johnson, uno de los hombres más admirados por los ingleses de su época, comentaba a Baretti [60]: «(...) ojalá pudiera usted permanecer más tiempo en España, pues no hay país menos conocido en el resto de Europa que éste» [61]. Pese a todo y aunque muy por detrás de Francia, Italia, Suiza, Alemania..., España recibió la visita de viajeros ingleses, algunos de los cuales permanecieron en ella períodos de tiempo bastante largos. Aunque no se trate propiamente de viajeros, se incluirán en este análisis las obras de E. Clarke, capellán de la Embajada británica en Madrid; de A. Jardine, cónsul en Galicia, y otros, pues narran sus experiencias en la Península a modo de cartas

[60] BARETTI, aunque nacido en Italia, vivió muchos años en Gran Bretaña, donde formaba parte del círculo de Samuel Johnson. Realizó dos viajes a la Península; el primero lo publicó en italiano en 1761, en Milán, pero cuando realizó un segundo viaje a España en 1768-69 escribió su libro en una segunda versión en inglés muy ampliada: *A journey from London to Genoa through England, Portugal, Spain and France,* Londres, 1770.

[61] Cit. en ROBERTSON, I., *Los curiosos impertinentes. Viajeros ingleses por España. 1760-1855,* Madrid, 1976.

a sus amigos en Gran Bretaña, el modelo más frecuentemente usado por los auténticos viajeros.

Sus intereses son variados: la literatura en Dillon, las antigüedades en Carter... Pero si nos centramos en el objetivo ilustrado por excelencia, es Alexander Jardine quien mejor nos resume la «utilidad» de viajar por España. En ocasiones se desespera y duda que haya nada en España sobre lo que valga la pena escribir, pero «(...) miro a mi alrededor y veo que el conocimiento del error y la superstición, los efectos de la tiranía civil y religiosa son importantes (...), frecuentemente se obtienen lecciones más importantes de los errores de otros que de sus conocimientos» [62].

Esto era lo que en opinión de la mayoría de los viajeros ingleses podía aportar España: un claro ejemplo de cómo no debía gobernarse un país si no se quería caer en la postración más profunda. El ejemplo español era aún más valioso para estos hombres ilustrados que conocían por la historia el papel que España había desempeñado en Europa en siglos anteriores. Uno de los temás más interesantes que encontraremos en los relatos de estos viajeros es su análisis de las causas de la decadencia española.

Hay otro motivo menos ilustrado pero que sirve para conocer el alto concepto que de sí mismos tenían los ingleses del XVIII, avalado por la admiración que muchos europeos sentían por ellos —recordemos los viajes a Inglaterra de Voltaire o Montesquieu, por ejemplo. El conocimiento de la mala situación española daría al lector «(...) una prueba de la felicidad de que disfruta al haber nacido británico, al vivir en un país donde posee libertad de sentimientos y acción, libertad de conciencia y seguridad de prosperidad, bajo el clima más moderado y el gobierno más equilibrado de todo el mundo (...) podemos por tanto considerar como

[62] JARDINE, A., *Letters from Barbarie, France, Spain, Portugal, etc.,* Londres, 1788, 2 vols.

fin de esta publicación inspirar al lector el amor hacia la constitución británica» [63]. Y no sólo viajar por España, el conocimiento de cualquier otro país, incluso Francia, haría, según algunos viajeros, que el inglés pudiera sentirse orgulloso de su patria. En el último cuarto del siglo, tras su viaje por Francia, Villiers afirmaba: «Todo joven debiera ir al extranjero para así vincularse más a su propio país. Todo lo que he encontrado aquí es tan inferior que experimento un gran orgullo cuando pienso que soy inglés» [64].

[63] CLARKE, E., *op. cit.*, págs. VI y VII.

[64] VILLIERS, J. C., *A tour through part of France*, Londres, 1789, pág. 33.

CAPÍTULO II

LOS VIAJEROS BRITÁNICOS

Son varios los autores que han elaborado listas más o menos completas de viajeros por España en el siglo XVIII [1] y en ellas puede obtenerse una relación de viajeros británicos. No haremos aquí por tanto una enumeración pormenorizada de todos ellos, de sus itinerarios y vicisitudes; únicamente se darán algunos datos a modo de presentación de aquellos cuyos relatos ofrecen mayor interés para intentar recrear la imagen que de la España del siglo XVIII recibían los lectores de estos «curiosos impertinentes».

Entre los viajeros británicos podemos encontrar desde verdaderos profesionales del viaje a militares con unas semanas de permiso, diletantes adinerados, personas que han tenido problemas en su país natal y podemos incluir entre ellos, sin que sean propiamente viajeros, a miembros del cuerpo diplomático británico que pasaron en la Península

[1] Señalemos entre los más importantes a FOUTCHÉ DELBOSC, R., «Bibliographie des voyages en Espagne et au Portugal», en *Revue Hispanique*, núms. 7-8 y 9, París, 1896; FARINELLI, A., *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX*, Madrid, 1930; ROBERTSON, I., *op. cit.*, y algunas otras relaciones menos completas.